

fuentes históricas más abundantes, en el siglo IV, que los panegíricos de los Emperadores, a pesar de las exageraciones propias de este género de escritos. Han sido reunidos en una sola colección los de Pacato, Mamertino, Nazario y Eumenio, a los que hay que añadir los de Símaco y las poesías históricas de Claudiano y de Merobaudes. En griego, además de Eusebio, del que se hablará después, hay que mencionar aún a Temistio.

DOCUMENTOS OFICIALES. - Hay dos de importancia capital: el primero es el *Codex Theodosianus*, colección hecha por Teodosio II y que contiene en seis libros las constituciones de todos los Emperadores cristianos hasta el año

438. Esta obra hay que leerla en la edición de Godefroy. El otro es la *Notitia Dignitatum*, especie de anuario imperial de finales del siglo IV, que ha sido publicado en 1839-63 por Boecking, con un comentario, y en 1876 por Seeck.

Una imagen bastante viva del estado social se refleja en los principales escritores de entonces, principalmente, de entre los latinos, en las cartas de Símaco y de Sidonio Apolinar, en las poesías de este último y en las de Ausonio, de Merobaudes y de Rutilio Namaciano. Entre los griegos, hay que citar a tal objeto las cartas de Libanio, las cartas y discursos de Ginesio y los tratados polémicos de Juliano el Apóstata.

CAPÍTULO V

PROGRESOS DE LA IGLESIA

POR ENTRE las ruinas del edificio imperial surgía, majestuosa y risueña, la ciudad de Dios, dispuesta a recoger la herencia de la ciudad de los hombres. Desde la profundidad de las catacumbas, donde ocultaba sus poderosos cimientos, amasados con la sangre de los mártires, levantaba hacia el cielo la masa imponente de sus construcciones múltiples, aún sin terminar, pero en las que trabajaban sin descanso millares de manos. En menos de tres siglos había invadido todo el Imperio y creado en cada ciudad una comunidad cristiana. Pero las fronteras tras las que había quedado encerrado el empuje del genio romano eran demasiado estrechas para los anhelos de sus apóstoles. En su afán de expansión universal había rebosado ya sobre los bárbaros e introducido en la comunidad católica multitud de pueblos extraños al Imperio.

La antorcha de la fe brillaba entre los godos del Danubio, cuyo obispo Teófilo concurrió al concilio de Nicea, y entre las poblaciones agrupadas al pie del Cáucaso, a donde había sido llevada por un pobre esclavo. Arrojava también brillo radiante en las montañas de Armenia, convertidas en el baluarte oriental de la civilización cristiana, y de allí había penetrado en el Imperio de los persas, donde iluminaba a gran número de almas, y en donde dieciséis mil mártires formaron la corona de la Iglesia militante hacia el tiempo en que Constantino le daba la paz, como si la Providencia hubiese querido tenerla continuamente en jaque, sin permitirle que gozase nunca de reposo completo. También Arabia conocía a Jesucristo; los Himiaritas vivían bajo reyes cristianos; Adén y Ormuz tenían obispos, y los sarracenos nómadas, convertidos a la vez que su reina Mavia, venían a pedir misioneros al Imperio. Al otro lado del mar Rojo se levantaba triunfante el signo de la cruz sobre las altas mesetas de Abisinia, que, como Iberia, debía a esclavos cristianos el conocimiento del Redentor. Y mientras que, según tradiciones fidedignas, algunas lejanas ráfagas de Cristianismo taladraban, como crepúsculo matinal, las antiguas tinieblas de India y

China, la plena luz del Evangelio se levantaba en lo último del Occidente, en aquellas regiones fabulosas, cuyas orillas ni siquiera habían explorado las legiones romanas. Irlanda, la *Última Thule* de los poetas, venía íntegramente ante Jesucristo y, bautizada por San Patricio, encendía en medio de las soledades del Océano un foco de civilización cristiana que muy pronto había de reanimar al continente mismo. Así, extendiéndose a la vez sobre romanos y bárbaros, sin hacer distinción alguna de razas, la Iglesia abría sus brazos a todos los pueblos de la Tierra y realizaba por vez primera el ideal de formar una sola familia con todo el género humano. Ya podía hundirse el Imperio, que la Iglesia no tenía por qué temer verse aplastada bajo los escombros del edificio que había cobijado su juventud; ya reinaba ella sobre los que iban a destruirlo.

Había llegado para ella la hora del florecimiento. Después de haberse extendido lentamente bajo tierra durante tres siglos, sus instituciones iban a desarrollarse ampliamente a la luz del Sol, con los colores y las formas opulentas de una juventud vigorosa. Se abrían todos los gérmenes, y aparecían flores y frutos en las puntas de la viña, tan largo tiempo podada por el hierro de los perseguidores; las comunidades cristianas ampliaban sus límites; cada una abarcaba la ciudad donde se había formado, y agrupaba bajo el cayado del pastor a todos los fieles esparcidos por su circunscripción; las parroquias, dilatadas, se convertían en diócesis; las diócesis, agrandadas, se dividían a su vez en nuevas parroquias. Crecía en número el clero, y nacían nuevas dignidades para satisfacer las necesidades nuevas de un gobierno más vasto. Se formaban lazos jerárquicos entre las diócesis; las de una misma provincia formaban, por su reunión, una misma provincia religiosa, y el obispo de la metrópoli era el jefe de ésta con el título de arzobispo.

Los arzobispos, a su vez, reconocían la autoridad de los patriarcas, fundada en la tradición y en el respeto de los pueblos a los recuerdos de la edad apostólica. Las sedes patriarcales de Roma, Antioquía y Alejandría, a las cuales, por motivos de piedad, se añadió luego la de Jerusalén y, por deferencia a los Emperadores, la de Bizancio, compartían entre sí la dirección del mundo cristiano, mientras la de Roma veía crecer el respeto y las prerrogativas unidas a su primacía indiscutible. Pedro revivía allí en cada uno de sus sucesores, se dirigía por medio de ellos a toda la Iglesia, enseñaba por su boca y juzgaba a todos sus hermanos sin poder ser juzgado por nadie; él, guardián indefectible de la fe y las tradiciones, era el que decía la última palabra en las controversias doc-

trinales, y, cuando Pedro había hablado, la cuestión quedaba juzgada definitivamente.

Toda esta jerarquía era fuerte y respetada, pues no se basaba en la violencia, sino en el cariño. El cariño aproximaba las distancias, dando a las relaciones entre superiores e inferiores un carácter de dulzura paternal en aquéllos y de confianza filial en éstos. La humildad reinaba arriba, y la confianza abajo, y estas dos virtudes, tendiendo la una hacia la otra, se encontraban y se abrazaban en la alegría de la comunión cristiana. Consistía ésta sobre todo en la unión espiritual de las almas, que tenía dulzura tan exquisita para los fieles, y se traducía en la vida por numerosas instituciones que periódicamente los reunían en torno a la misma cátedra o al pie de los mismos altares.

De todas estas instituciones, la más vasta y universal fué el concilio. Estudiaremos aquí esta notable institución, que pertenece exclusivamente a la Iglesia y que, presentada más tarde como ejemplo a la sociedad política, debía renovar sus formas. Los concilios son tan antiguos como la Iglesia; puede decirse que ésta, en su origen, se funde con ellos, ya que hubo un momento en que toda ella se encontraba en el cenáculo, que fué el primer concilio. Más tarde, dispersos por orden del Maestro de todos los países, los obreros del Evangelio, en las horas propicias, se complacían en reunirse en aquellas santas asambleas en que el Salvador estaba, según su promesa, en medio de ellos, y en que el Espíritu Santo los inspiraba como en el día de Pentecostés. Les fué difícil reunirse mientras duraron las persecuciones, pero lo hicieron sin obstáculos cuando se concedió libertad a la Iglesia; de aquí que la era de los concilios se abre definitivamente con la de Constantino.

A partir de esta época fueron periódicos y frecuentes, y tomaron el lugar que les correspondía en la economía de la Iglesia. Los hubo de todos los grados de la jerarquía y en todas las regiones del mundo. Cada dignatario jerárquico reunía en derredor de sí a su clero, y aun a sus fieles, para orar y trabajar con ellos. Las diócesis, las metrópolis, los patriarcados, la Iglesia entera, tuvo sus concilios, y cada una de estas asambleas era, en su esfera, fuente fecunda de legislación religiosa. La mayoría de las instituciones cristianas han salido del trabajo no interrumpido de estos parlamentos eclesiásticos. Al recorrer las gigantescas colecciones en las que la Iglesia ha inscrito sus actas, diríase que penetramos en los talleres de la civilización y que vemos elaborarse las riquezas espirituales de las generaciones venideras; reina allí una actividad que

lo abarca todo, con una inteligencia que todo lo comprende y una caridad que todo lo depura; no hay cuestión moral o religiosa que no sea discutida allí, ni ningún interés social que no sea objeto de profundo examen. Sería preciso estudiarlos uno tras otro, para ver lo que cada uno de ellos ha añadido sucesivamente al patrimonio de la humanidad, ya extirpando los vicios, ya rectificando las ideas, ya llamando a la vida a las obras reclamadas sucesivamente por las necesidades del progreso; se asistiría así día por día a todas las fases de la educación del género humano.

Pero la tarea de este libro es más modesta: debe limitarse a indicar los resultados generales de la obra, tal cual se nos presenta en sus enormes proporciones, y no puede hacer más que echar una ojeada sobre sus manifestaciones más brillantes, que aparecen bajo la forma de concilios ecuménicos.

Nada igualaba a la majestad de aquellas asambleas plenarias de la cristiandad, cuyo número marcha a la par con el de los siglos cristianos. El día en que trescientos dieciocho obispos, árbitros de la vida religiosa de otras tantas provincias florecientes, se reunieron por vez primera en la basílica de Nicea, bajo la protección de la autoridad pública, paganos y cristianos pudieron darse cuenta de que se abría una nueva era para la sociedad humana. La Iglesia, salida apenas de las persecuciones, y bañada aún por la sangre que había dado en aras de la fe, ofrecía un anticipo de cómo había de tomar posesión del mundo, al pasar revista, a orillas de la Propóntide, a las fuerzas de que disponía para emprender tal conquista. Vinieron a tomar asiento allí mártires cuyo cuerpo mutilado ostentaba aún las cicatrices de su reciente testimonio sangriento: unos privados de un ojo, otros arrastrando trabajosamente una pierna lisiada por el hierro de los verdugos; allí aparecieron, con los venerables representantes de la primera edad de la Iglesia, los jóvenes y magnánimos atletas de los combates futuros: San Pafnucio y San Atanasio de Alejandría se daban recíprocamente el beso de paz, y en este encuentro sublime entre un pasado lleno de gloriosas fatigas y un porvenir iluminado ya por el resplandor de triunfos nuevos, parecía que la ciudad de Dios había llegado a ser una realidad visible.

El mundo se volvía con respeto hacia el Senado de la nueva Roma, a punto de deliberar sobre sus destinos. El prestigio del Emperador desaparecía ante el de esta asamblea augusta; él mismo, catecúmeno coronado, tomó allí asiento como simple oyente para escuchar, como a oráculo inapelable, la voz del Espíritu Santo que hablaba por boca

de los príncipes de la Iglesia. En el concilio de Nicea se promulgó por primera vez, en oposición a las falsedades de la herejía, la fórmula inmortal que contiene el resumen de toda la fe cristiana, al mismo tiempo que se cimentaban sobre bases inquebrantables las reglas esenciales de la jerarquía, de la disciplina y de la liturgia. Se veían así tres siglos recapitulados y coronados por una asamblea única en los fastos del mundo, aceptando los dogmas que ellos habían creído y las obras que habían llevado a cabo para hacer de aquéllas y de éstas la herencia eterna de la Iglesia.

Cada uno de los concilios siguientes continuó la obra del primero, añadiendo otro piso al edificio de las creencias cristianas: el de Constantinopla, celebrado el año 381, elaboró definitivamente la doctrina de la Trinidad; el de Éfeso, en el 431, y el de Calcedonia, en el 451, fijaron para siempre las creencias de la Iglesia acerca de la persona del Salvador. Los cuatro citados han quedado para las generaciones siguientes como faros luminosos de la verdad, fundamentos inquebrantables de la disciplina y autoridades supremas de la legislación; bajo su poderoso impulso se manifestó una vitalidad exuberante en todos los dominios del mundo religioso; se multiplicaron los cánones regulando los mil detalles de la vida de una gran sociedad de acuerdo con las leyes de la justicia y de la caridad. La liturgia desplegaba todas sus pompas en una atmósfera libre, y cada nación trabajaba en aumentar su brillo por las formas variadas que sacaba espontáneamente de su corazón. El canto ambrosiano, esparciéndose como alma sonora en las palabras de la oración, parecía darles alas que las remontaban hasta el cielo. Las basílicas, aquellas sedes de la justicia humana, que el cristianismo había convertido en santuarios de la misericordia divina, rejuvenecían el tipo arquitectónico del pretorio, adornándolo con todo lo que el arte y la piedad podían inventar para hermohear la casa de Dios. La belleza de la Iglesia se irradiaba ahora sobre el mundo con brillo deslumbrador; encantaba las imaginaciones a la vez que iluminaba los espíritus y pacificaba los corazones.

Grande era en sus obras, y grande debía ser en sus hombres. Los santos que dió en los días de triunfo fueron dignos de los que había producido en las horas de amargura, y los mártires de los tres primeros siglos encontraron émulo en los doctores del iv. Fué éste el siglo de los grandes obispos. En Oriente y en Occidente se vió aparecer entonces, a la cabeza de las iglesias, a personajes casi sobrenaturales, cuyas virtudes, talentos y sufrimientos im-

ponían respeto a sus enemigos y tierna admiración a los fieles. Toda la dulzura y caridad que el Evangelio había derramado en las almas parecía haberse fundido en aquellos hombres prodigiosos con el poder y la riqueza del genio antiguo, para ofrecer a las miradas del mundo los caracteres más singulares que jamás hubo contemplado.

San Atanasio es la figura más ilustre de Egipto. La Providencia, que le destinaba a ser el doctor y el mártir del dogma de la Trinidad, esta piedra angular de la fe cristiana, le arrojó, por decirlo así, solo y sin apoyo en medio del Oriente coligado contra él. Proscrito por cuatro Emperadores, condenado por muchos concilios, obligado a disputar todos los días su cabeza o su buen nombre a multitud de asesinos o de calumniadores, pasó en el destierro la mayor parte de su vida, en medio de los desiertos o en el fondo de las tumbas, sin que el vigor de su alma se doblegase ante el peso de tantas pruebas, ni su voz dejase de hacerse oír a través de todo el mundo para confundir a la herejía y protestar contra la iniquidad. Adorado por su rebaño, que gobernaba desde lo íntimo de sus retiros desconocidos, apoyado inquebrantablemente en la comunión de la cátedra de Roma, y sacando de su piedad ardiente un vigor y valentía indomables, vió perecer por fin a todos sus enemigos y le fué dado terminar en su sede patriarcal una carrera en la que había resumido todos los triunfos y todas las pruebas de la Iglesia.

San Basilio de Cesarea no sólo fué una de las lumbreras de su época, sino también una de las fuerzas más fecundas de la Iglesia naciente. Su carrera, más tranquila que la del ilustre patriarca de Alejandría, transcurrió en medio de una modesta diócesis de Capadocia, pero su celo y su genio trascendieron tales límites; tan ilustre por las obras como por la palabra, fundó a las puertas de Cesarea toda una ciudad de caridad: la Basíliada, y trazó una regla de vida religiosa que hizo de él el legislador monástico de Oriente. Dos Emperadores, el apóstata Juliano y el hereje Valente, atacaron sucesivamente a este dulce pastor de almas que creían fácil de intimidar; pero tuvieron que retroceder sorprendidos y desconcertados. Su diálogo con Modesto, prefecto del pretorio de Valente, recuerda las escenas que pasaban en tiempos de la Iglesia primitiva entre los mártires y sus jueces:

—¿Con qué derecho —le preguntó Modesto— rechazas la religión del Emperador?

—El Emperador es una criatura de Dios como yo, y yo no adoro a ninguna criatura.

—Teme el castigo de tu audacia.

—¿Cuál?

—La confiscación, el destierro, la muerte.

—Amenázame con otras cosas. No tengo nada que perder, pues no poseo más que mi manto y algunos libros. En cuanto al destierro, soy extranjero en la Tierra y en todas partes soy huésped de Dios. Por lo que toca al cuerpo, tras los primeros golpes quedará insensible a los padecimientos; la muerte será, además, un beneficio para mí, puesto que me llevará más pronto a mi Creador.

—Nadie se ha atrevido a hablarme así, siendo prefecto.

—Es que por lo visto no te has encontrado nunca con un obispo¹.

San Ambrosio, el cónsul convertido en obispo, ha dejado junto al ejemplo del valor sacerdotal frente a la tiranía, el de la fidelidad más constante a monarca legítimo. Transformando su iglesia en una ciudadela, rechazó sucesivamente a una Emperatriz hereje y a un Emperador ortodoxo; pero supo salir de ella, a través de mil peligros, para defender ante el usurpador la causa del soberano legítimo. La historia se complace en representarlo en la actitud vengadora que tomó en el umbral de su iglesia frente a Teodosio, cubierto por la sangre de los tesalonicenses; pero todavía aparece más ilustre cuando se desliza en el anfiteatro por la puerta de las fieras, para arrancar de Graciano el perdón de un idólatra condenado por ultrajes a su persona². Fué tal su prestigio, que vió a sus pies a los monarcas cristianos y a los jefes bárbaros, subyugados todos igualmente por la grandeza sobrehumana de esta alma de pontífice. “Ahora comprendemos por qué eres invencible —decían los francos paganos a su compatriota Arbogasto, que se ufanaba de su amistad con San Ambrosio—: porque eres amigo del hombre que dice al Sol “¡Detente!”, y el Sol se detiene”³.

San Martín de Tours, uno de los nombres más populares de la historia, hizo arraigar en Occidente la vida monástica al mismo tiempo que extirpaba el paganismo de las campiñas de Galia; pero estas dos grandes obras, a las cuales consagró su vida, le han valido menos gloria y admiración que la exquisita delicadeza de su conciencia y el ardor de su caridad. Aquel soldado hecho monje, que se servía de la espada para cortar en sus vestidos la parte del pobre, tuvo siempre un mismo remordimiento, aunque el objeto de

¹ S. GREGOR., Nazianz., *Orat.* 43 (al. 20).

² SOZOM., VII, 25.

³ PAULINUS, *Vita S. Ambrosii*, c. 30.

éste se debiera a un exceso de esa misma caridad que los siglos han inmortalizado: también él, para salvar la vida de algunos desgraciados herejes condenados a muerte, se humilló como Ambrosio, y consintió en entrar en comunión con obispos cuya crueldad había anatematizado, sacrificio sublime que el amor del prójimo pedía al celo del prelado ortodoxo. Pero tal conflicto entre dos deberes había agitado su alma tan profundamente, que no podía perdonarse el haber hecho ceder la disciplina eclesiástica en favor de aquellos prelados indignos, y fué preciso que se le apareciese un ángel, en medio de la soledad, para consolarlo y llevarle la amnistía del cielo.

Tales hombres eran honor imperecedero de la Iglesia victoriosa; probaban al mundo que ésta no sólo sabía sufrir, sino que poseía en grado eminente el arte de gobernar y de civilizar. No estaban aislados en el episcopado; si los que acabamos de citar brillan con esplendor extraordinario, es por la grandeza de su genio o por la extensión de su campo de acción, pero el heroísmo de las virtudes cristianas les era común con una multitud innumerable de pastores que, en todas las regiones del mundo civilizado, trabajaban noche y día en la obra de salvación. Estos infatigables artesanos de la civilización se daban a conocer por un aire de familia que, en cierto modo, los aislaba de la degradación del siglo. La integridad de carácter y la rectitud de voluntad era lo que determinaba la belleza ideal de estas figuras episcopales, cuyos rasgos se destacan con luz tan viva y tan pura sobre el fondo sombrío y triste del mundo oficial. En el episcopado cristiano es donde se encontraba a los últimos romanos, con algo de que carecía la dura fisonomía de los hijos de Rómulo, esto es, con aquel rayo de caridad que brillaba sobre las frentes iluminadas por el Evangelio. Jamás causa alguna había producido tantos héroes; los encontramos en todas las ciudades, y sería difícil citar una sede episcopal que no haya sido ilustrada entonces por el valor y la santidad de muchos de sus pontífices. ¡Cuántos obispos hubo que emprendieron el camino del destierro en el ocaso de su vida para no tener que pactar con el error! ¡Cuántos que, armados sólo con el prestigio de su superioridad moral, defendieron victoriosamente su rebaño contra la tiranía de los Emperadores o contra la ferocidad de los bárbaros! ¡Cuántos aún cuyas fatigas y combates no ha conservado la historia y cuyos nombres se han perdido mientras su obra continúa desafiando a los siglos!

Y no era tarea fácil de llenar ésta de los obispos; desde que el Imperio había quitado la barrera que separaba del mundo a la Iglesia, las condiciones de existencia de la sociedad cristiana se habían

modificado profundamente, y con ellas la misión de la jerarquía. Más de una vez los confesores de aquel tiempo estuvieron tentados de saludar como la edad de oro del cristianismo a la época de las persecuciones, en la cual bastaba dar su sangre, mientras que ahora casi se ahogaban en los peligros y dificultades inextricables que tenían que afrontar; se trataba en estos momentos de luchar contra cristianos, había que combatir en el santuario, y hasta las propias victorias tenían algo de doloroso y de amargo, puesto que en último resultado se ganaban contra hijos de la Iglesia. El rebaño de los fieles no se componía ya principalmente, como en otro tiempo, de los que habían venido espontáneamente a Jesucristo en la hora del peligro; era toda la oleada del paganismo que de día en día afluía más abundantemente a la comunidad cristiana, contagiándole sus prejuicios y sus errores. El obispo volvía a convertirse en apóstol en el seno de su propio rebaño, y a menudo, en lugar de ver convertidos a la moral evangélica a los paganos bautizados que formaban la mitad de él, tenía el dolor de comprobar que éstos corrompían a los antiguos fieles. ¡Dichoso cuando en medio de semejante confusión entre los hijos de Dios y los del siglo, llegaba por lo menos a mantener incólume el núcleo primitivo, dejando que el resto deshonrara el bautismo y el nombre de cristiano, de que eran indignos!

Gracias a esta mezcla de elementos heterogéneos, había en la sociedad cristiana un espíritu doble y, si así puede decirse, una doble corriente, ya que el mismo nombre cubría a la vez las virtudes nacidas al soplo del Evangelio y los vicios incubados en el cenagal de la vida pagana. Ya se ha visto cómo el paganismo, que entró en la Iglesia tras Constantino, había intentado, mediante la herejía arriana, poner a aquélla en manos de los Emperadores, bajo la forma de una religión de Estado cuyos jefes habrían sido ellos; pero éste no era más que uno de los episodios del amplio debate que se reñía en todas partes a la vez, en el seno de la Iglesia, entre el espíritu cristiano y el pagano. Mientras que éste intentaba inundarla con el desbordamiento de sus inmundicias, resistía la Iglesia con esfuerzos enérgicos, y esos ejemplares de corrupción y de santidad son los que, al encontrarse a la vez en el mismo cuerpo, dan su fisonomía peculiar a la Iglesia del siglo iv. No podrá comprenderse bien su historia si no se tiene en cuenta dualidad tan característica, y no se procura atribuir exactamente a cada parte su responsabilidad.

Al estudiar, pues, la sociedad cristiana en lo que merece verdaderamente el nombre de Iglesia, esto es, en los fieles que obedecían a sus leyes y no en los infieles que las violaban, se comprueba en segui-